



## SU JAULA DORADA

POR GLORIA SWANSON

N.º 53

DAVID POWELL, ETC.

30 cts.



## *La Novela Femenina Cinematográfica*

*Publicación semanal de asuntos de películas.*

*Redacción y Administración:  
Diputación, 292. - Barcelona*

*Año 11*

*N.º 53*

### *SU JAULA DORADA*

*Comedia dramática de gran asunto,  
interpretada por los siguientes artistas:*

<i>Gastón Petitfils.</i>	<i>Charles A. Stevenson</i>
<i>Susana Petitfils.</i>	<i>GLORIA SWANSON</i>
<i>Jacqueline Petitfils.</i>	<i>Anne Cornwall</i>
<i>Antoine Lecat.</i>	<i>Warren Rogers</i>
<i>Arnaldo Pell.</i>	<i>DAVID POWELL</i>
<i>Carlos Walton.</i>	<i>Walter Hiers</i>
<i>Lorenzo Pell.</i>	<i>HARRISON FORD</i>

*Paramount Pictures Corporation*

*EXCLUSIVA DE  
SELECCINE, S. A.*

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de  
POLA NEGRI*



## Su Jaula Dorada

### Argumento de la película

Al terminar la gran tragedia, después de cinco años de dolorosa lucha, París recobraba algo, muy poco de su anterior alegría. El *Café des Grands Boulevards* ya no conservaba la clientela del París elegante, pero su excelente cocina aun atraía a unos pocos turistas y *gourmands*.

Entre los leales del *restaurant* se destacaba Gastón Petitfils, quien a pesar de sus años y la tristeza de saberse arruinado, se esforzaba en mantener su reputación de "hombre de mundo".

Gastón sentíase decidior aquel día en el *Café des Grands Boulevards*. Como en sus mejores tiempos paladeaba con fruición el almuerzo. Hasta permitíase de vez en vez insinuaciones galantes y furtivas sonrisas a dos lindas muchachitas alocadas que en otra mesa se divertían.

Gastón hacía días que al presentarle la cuenta, la pagaba estampando su firma en ella.

Al presentarle aquel día la cuenta, Gastón firmó; pero poco después se le acercaba el señor Antonio Lecat, propietario del café, que a pesar de la amistad que le unía con su parroquiano, entendía que el sentimiento es una cosa que no anda de acuerdo con el negocio.

—Lo siento mucho, señor Petitfils, pero no puedo continuar dándole de comer de fiado—observó con cierto embarazo el dueño.

—¿Es así como usted trata a sus clientes? ¡Nunca le supuse a usted con tanta mezquina desconfianza!—exclamó indignado el arruinado señor.

—Perdón... No se exalte...—Interrumpióle el señor Lecat.

Gastón Petitfils sentíase ultrajado, llagado al tener que descender a semejantes discusiones.

—¡No creí—profería—que usted hiciese tan poco caso de mi firma!... ¡Del nombre de Petitfils!

—¡No es eso!... ¡Reconozca, amigo mío!...

—¡Basta! ¡Dentro de poco saldará la cuenta!—interrumpió fuera de sí Gastón. Y recobrando su altivez, salió erguido del café.

No podía sustraerse a sus costumbres. Al poco rato, en la calle olvidábase del incidente desagradable que acababa de sucederle. Detúvose un instante en un comercio de flores, y adquirió un ramo de violetas para su sobrina, que guardaba cama enferma de parálisis.

—Cárguelo en cuenta a nombre de Petitfils—dijo a la muchacha, después de registrar inútilmente sus bolsillos vacíos. Y salió de la tienda como si tal cosa.

Sorprendida la muchacha fué a decirselo a la dueña, una pobre mujer apegada en extremo al dinero.

La dueña puso el grito en el cielo y salió tras de Gastón.

Mientras tanto el incorregible señor emprendía el camino de su casa cargado con el ramo de flores y dos naranjas que también adquirió para obsequiar galantemente a su sobrina enferma.

Vivía en un modesto piso de una vieja casa, que fué en otro tiempo suya, con la compañía de sus dos sobrinas, Susana y Jacqueline Petitfils.

Gracias a la educación musical que en otra época recibiera, sostenía Susana a la pequeña familia.

Jacqueline, su hermana, unos años menor que ella, sufría una extraña parálisis originada por un accidente de automóvil.

Los esfuerzos que hacía Susana para salir adelante, eran sobrehumanos. Atendía con tierna solicitud a Jacqueline que, gracias a estos mimos y cuidados, lograba calmar su desesperación.

—Susana, cuando piensas en mi inutilidad me desespero. ¡Un día y otro metida en cama sin po-



derme mover!... ¡Es horrible!—sollozaba Jacqueline.

—No sé por qué te preocupas... ¿No me tienes a mí para cuidarte?—replicaba Susana, acariciándola.

El rostro aninado de la enferma, en cuya palidez brillaban unos ojos oscuros y aterciopelados, adquirió una indefinible expresión de tristeza. De continuo le asaltaba el temor de que su belleza y su juventud se agostaran en aquel lecho. Contemplaba a su hermana, su hermosura esplendente, y una nube de pensamientos melancólicos la invadían torturándola.

—Eres bonita, Susana, y algún día te casarás. ¿Qué será de mí entonces?—gemía desconsolada.

—No eres razonable, Jacqueline. ¿Por qué te inventas nuevas torturas?—reprendióla suavemente su hermana mientras la arropaba.

—Te cansarás de mí. ¡Soy un estorbo, un estorbo!

—Vamos, Jacqueline, no te atormentes. Te he dicho mil veces que no me iré nunca de tu lado... Esta promesa es sagrada.

Y así, mimándola, con protestas continuas de afecto, hacíaese llevadera la existencia a la pobre enferma.

Susana lloraba a solas la desgracia que les afligía y su penosa existencia llena de privaciones. Tanto más penosa cuanto que el recuerdo de la vida de lujo y comodidades de otros tiempos estaba todavía latente en su pensamiento.

Gastón llamó a la puerta y salió a abrirle Susana.

—¿Cómo va la enfermita?

—Como siempre—repuso Susana.

—Esta mañana parecía que estaba más animada—observó el viejo.

—Sí, pero hace un momento, ¡si vieras qué desesperada estaba!... ¡Pobre hermana mía! Está convencida de que nunca se levantará.

Susana refugióse en el pecho de su tío, reprimien-

do a duras penas los sollozos que anidaban su garganta.

—Cálmate—observaba tío Gastón dándole palmaditas en la espalda—. No llores fuerte, que no se entere Jacqueline.

—¿Crees tú que no se salvará?—interrogó con ansiedad Susana.

—No sé, hija mía... Pero no hay que perder nunca las esperanzas.

Desde la otra habitación oyóse la voz de Jacqueline.

—¿Quién es?

—Es tío Gastón—repuso Susana.

Llamaron de nuevo a la puerta.

—¿El señor Petitfils?—demandó la mujer de la tienda de flores.

La muchacha que le acompañaba, señalando a Gastón, dijo:

—Es este señor.

Gastón, un poco azorado, interrogó:

—¿Qué desea?

—Que me pague usted el ramo de flores que le dió la muchacha. Yo no tío, señor.

Gastón quedó perplejo y confundido.

Susana, ante el embarazo visible del tío, buscó en el monedero. Ni un céntimo. Tío y sobrina se miraron angustiados. El ramo de flores temblaba en las manos del viejo.

—No puedo pagarle ahora—balbució Gastón.

—Pues bien, déme las flores.

Y sin esperar la respuesta, le arrebató el ramo de las manos.

—Cuando no se tiene dinero—añadió—no puede permitirse uno esos lujos. Buenos días, señor.

La mujer volvió sobre sus pasos, increpando a la muchacha por la escalera y dejando al viejo con la amarga realidad de su condición.

Hubo una pausa.

La voz de la enferma oyóse de nuevo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no viene tío?

Gastón y Susana trataron de alegrar el rostro,



y entraron en la habitación de la enferma fingiéndole una sonrisa piadosa.

—¡Te traigo una cosa, Jacqueline!

—¿Qué?—interrogó la enferma.

—Mira.

Gastón le mostró las dos naranjas que había comprado con su último franco.

—¡Qué pequeñas son! ¿Por qué no las compraste más grandes?—observó Jacqueline con inconsciente egoísmo.

La vista de las naranjas la llevó a pensar en el campo, que se le ofrecía a su imaginación, agudizada por tanto tiempo de encierro, como un paisaje risueño y apacible. La protesta de su juventud se rebelaba ante los días interminables que la esperaban.

—¡Ay de mí!... ¡Ya nunca podré ir a pasear al campo!

—No te pongas así—dijo tío Gastón—. Recuerda que el médico dijo que si tuvieras confianza en ti misma, podrías volver a andar.

—¡Vamos, Jacqueline! ¡Prueba a ver si puedes mover las piernas!—animábale su hermana.

La enferma intentó en vano mover los miembros imposibilitados. Y como su hermana viese flaquearle la voluntad, la alentó:

—¡Pruébalo otra vez, Jacqueline!

—¡No puedo! ¡No puedo! ¡Están muertas!—exclamó con desaliento la joven, entregándose a la desesperación más arrebatada.

Susana la colmó de caricias, procurando apaciguarla.

Y cuando consiguió tranquilizarla, salió de la estancia dejando a Jacqueline sumida en una blanda somnolencia.

—¡Qué pena, tito!—dijo en voz baja para no despertar a la enferma.

—¡Y en esta situación!... Mira, hijita, he reflexionado que debo marcharme... Me he gastado el último franco y no quiero ser una carga pesada para ti.

Susana le miró sobresaltada, interrumpiéndole al punto:

—No, tío Gastón, no te vayas... Ya veremos cómo salimos del paso... Yo me las arreglaré de un modo o de otro.

Y el viejo estrechó contra sus brazos a Susana, cuyo esforzado corazón abríase a todas las ternuras y sacrificios.

Susana encontró el medio de salir adelante. Procuró una plaza de modelo que no le fué difícil conseguir. Bastaban para ello sus encantos de mujer bonita. Pero Susana tenía algo más que la perfección física. Algo impalpable que sólo la educación logra producir y que muy raras y privilegiadas mujeres poseen: la elegante sencillez, suprema distinción de mujer.

Arnaldo Pell, con su crítico espíritu, enamorado de la belleza, ¿había advertido ese rasgo tan femenino de su modelo?

Arnaldo había sido consagrado a la pintura por puro placer. Pertenece a una acaudalada y distinguida familia norteamericana. Artista de corazón, dedicábase con ardor incesante a su arte. En el Barrio Latino se le tenía por un muchacho activo y trabajador.

Arnaldo aceptó al punto a Susana como modelo, acaso porque adivinó en ella a la exquisita mujer que no había hallado hasta entonces.

Fué primero admiración y curiosidad por Susana, que, siempre correcta y amable, no dejaba traslucir el más pequeño detalle de su vida.

Después, Arnaldo dióse cuenta de que la amaba seriamente.

Un día no pudo reprimirse y empezó el asedio.

Susana le amenazó con abandonar el trabajo como le hablase de amor.

Arnaldo reportóse por algún tiempo, y ella siguió yendo con regularidad al taller del pintor. Pero el amor era mucho más grande para no saltar por encima de cualquier convenio.



El millonario la quería con todo el fuego de su juventud, y cuanto más trataba de reprimir su pasión, ésta revolviase contra él quemándole con su fuego.

Una tarde, a punto de marcharse, la detuvo por el brazo, y, bebiéndose el aliento de Susana, exclamó:

—Todos los días vienes, no sé de dónde, y te vas, no sé a dónde; pero cuando no estás aquí, no hago más que soñar contigo.

—Yo no puedo amar—repuso con vivacidad Susana.

—¿Por qué?—interrogó Arnaldo.

—No; no puedo...

—No me importa tu secreto—atajó Arnaldo—. Te quiero y eso me basta...

—No olvide usted que me prometió no hablarme jamás de amor, y que si yo le ofrecí volver fué con esa condición.

—Es cierto, pero cuando estás a mi lado, no puedo hablar más que de amor.

Arnaldo reflejaba en la mirada el ruego, la súplica de un rendido enamorado.

Susana experimentaba una avalancha de sentimientos desconocidos. Sentíase atraída hacia Arnaldo y trataba de rehuir aquella inclinación.

De pronto, objetó:

—Entonces... no debo volver aquí.

—Pero tú no me has dicho aún que no me quieras... ¿Puedo tener alguna esperanza?

El acento de Arnaldo era tan sincero que Susana temió vacilar.

—Dime que me quieres—susurró acercándose a ella.

Pero Susana, racobrándose, reaccionó con viveza, y exclamó:

—¡No puedo!

Luego, sus ojos envolvieron al pintor con una mirada dulce.

Y cuando sus labios iban a unirse, ella desilzose

de él con brusquedad, y resolvió partir para siempre.

—¡Adiós!

—¡Susana!—gritó el pintor, tendiéndole suplicante los brazos.

Susana no oía. No quería oír y ganó la puerta precipitadamente.

Al llegar a casa y besar a su hermana, se dió cuenta de que renunciando a seguir siendo modelo del pintor, se quedarían sin pan de nuevo. Por otra parte, comprendía que su corazón la traicionaría si volviese a verle, y ella se debía por entero a su pobre hermana. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer para ganar el sustento?

Ante tanto obstáculo debilitóse su voluntad. Contemplaba sus humildes vidas, y le parecía que estuviesen rodeadas de una hostil y fatal fuerza. Sentíase impotente.

Pocos días después, la situación se hacía punto menos que imposible.

Tío Gastón propuso salir con la enferma de paseo.

El grupo que formaban no podía ser más triste. Refugiáronse en el jardín. El señor Gastón, vestido de chaqué negro, y a su lado, Susana, vestida también de negro, empujaba el cochecito de su hermana imposibilitada. Daban la sensación de una familia vergonzante que ocultase su miseria tras la apariencia de un amago de señorío.

El señor Antonio Lecat, propietario del café, acertó a pasar por allí. El viejo, temiendo que le reclamase las cuentas que con él tenía pendientes, se apresuró a darle una explicación.

—Señor Lecat, los negocios me han ido de mal en peor, y no pude atender a mis compromisos.

—Calle usted, señor Gastón. Ya me pagará cuando pueda. Si le dije aquello, es porque realmente ando muy mal.

El señor Lecat quejábase de que su café cada día veíase menos favorecido por el público.

—El mundo está trastornado. A la gente ya no



le importa comer bien... lo que quiere son diversiones... Ahora mismo voy a ver si encuentro un cantante para mi café.

El viejo señor tuvo una idea rápida. Susana, acaso...

—A propósito. Yo tengo una sobrina que canta admirablemente... y no es fea.

Gastón señaló a Susana que a unos pasos de ellos departía con Jacqueline.

Al señor Lecat le pareció que tal vez la belleza de la joven sería un buen reclamo para su postergado establecimiento y aceptó.

—Bueno, pase mañana por el café y veremos.

—Agradecido, señor Lecat.

—Ya sabe. No me guarde rencor. Sé que fué usted siempre un adicto de mi casa.

—Venga esa mano—dijo conciliador y cordial el señor Gastón.

Se apretaron las manos los dos viejos amigos y se despidieron.

Gastón llamó a su sobrina aparte, y le dijo, no sin antes vacilar:

—A pesar de la mala situación en que nos encontramos, me cuesta preguntarte si te gustaría cantar en un café de los bulevares.

Susana miró a su tío escandalizada.

—¿Y usted se atreve a proponerme semejante cosa?

—Hija, si no estuviera yo a tu lado, no te lo propondría. Demasiado sé los peligros que encierra eso. Se trata de un café cuyo dueño es muy amigo mío y honrado en medio de todo.

—¡Pero eso es una indignidad, tío!

—Creo que exageras un poco. Los pobres no tenemos derecho a escoger... Además, hemos de pensar en Jacqueline.

Susana contempló a su hermana. Y sintióse con fuerzas para arrostrar la vergüenza de tener que cantar en un *restaurant*.

Aquella misma noche, Gastón Petitfils aleccionaba a su sobrina con acertados consejos munda-

nos. Ciencia de la que tan profundamente se mostraba conocedor el viejo caballero.

En el modesto camarín del café de Lecat, Susana se disponía a presentarse por primera vez ante el público, pensando en su pobre hermana para sentirse animosa.

El café hallábase medianamente concurrido.

En una de las mesas cenaba aquella noche Carlos Walton, un muchachote mofetudo y un tanto obeso, cargado de optimismo y actividad. Era agente de publicidad del Broadway neoyorquino, y estaba convencido de que lo único que necesita una artista para "llegar" es darse bombo... ¡Reclamo, mucho reclamo, aunque sea en el mismo París!

Estas reflexiones las suscitaba la presencia de Susana, que con un acopio de valor reprimía sus nervios, y aunque un poco desarticulada por la misma violencia que se hacía, conseguía salir adelante.

Hacía poco que dos turistas de los más distinguidos, que conservaban un buen recuerdo de la cocina de Lecat, se habían aposentado en una mesa cercana a la que comía el agente Walton.

—Dígame usted—le decía el agente al señor Lecat, señalando el plato de caracoles que le habían servido—; esto está muy bien presentado, pero ¿cómo se les hace salir a los caracoles de su cáscara?

Lecat iba a responder, pero al ver a los dos turistas se apresuró a saludarles.

—¡Majestad, qué honor para mi casa!

Walton lo volvió a llamar, picado de curiosidad por las respetuosas inclinaciones de que hacía objeto a los desconocidos.

—Oiga, ¿quiénes son esos señores?

—Es el rey Fernando de Larriera... Ha venido a París de incógnito—repuso Lecat, orgulloso.



Walton volvió a la carga con sus teorías de publicidad.

—Oiga usted, *monsieur*, si un Rey viniese a mi *restaurant*, lo anunciaría en los periódicos con letras de a palmo, y al día siguiente el *restaurant* parecería una lata de sardinas.

—¿Usted cree?—repuso escéptico Lecat.

—En América todo lo hacemos anunciando y gastando millones de dólares en propaganda.

Lecat no daba mucho crédito a las palabras de Walton, pero le encantaba su conversación, y sobre todo su optimismo.

En la mesa ocupada por el rey de Larriera, soñaban viendo a Susana trabajar.

—Es una muchacha encantadora—decía el personaje regio.

Susana, cada vez que pasaba cerca de los aristócratas, enrojecía de vergüenza.

Había algo de insultante en ellos, no obstante lo distinguido de sus modales.

El Rey, una de las veces que Susana pasó casi rozando la mesa, se levantó y le puso un puñado de libras esterlinas en el pecho.

Susana sintió en lo más vivo el ultraje, y arrojando las monedas en el suelo, fué a ocultarse en su "camerino" presa de acerbo llanto.

El incidente fué rápido.

El señor Gastón se levantó enarbolando el bastón, dispuesto a hacer pagar cara la insolencia.

Lecat le detuvo.

—¡Cálmese usted, hombre!... Estoy seguro de que el Rey lo ha hecho con la mejor intención.

—¿Qué pasa?—inquirió poco después el agente de publicidad.

—Es el tío de la muchacha. Tiene un genio como una pólvora.

—¡Bravo! ¡Es una ocasión magnífica para usted!... ¡Sería un crimen no publicar un suceso como éste!... Aguárdese y verá cómo yo hago famoso su *restaurant*.

Y sacando de su bolsillo un puñado de cuartillas empezó a escribir:

—Dentro de veinticuatro horas todo París hablará de esa muchacha—prosiguió el agente—. Le pondremos un nombre que se las traiga, la anunciaremos como la favorita del rey Fernando... Ya verá, ya verá.

...

*Número especial*

*Todas las noches*

*a las 9.30*

*Fleur d'amour*

*La favorita del rey Fernando.*

A la puerta del café de Lecat rezaba con gruesos caracteres el *bluff* que en un instante la imaginación de Walton había tramado.

Empezó a llenarse el café. El público acepta el engaño de vez en cuando, contento y gustoso por el agraz sabor que existe en el fondo de toda campaña...

La única que de veras se asombraba de aquella repentina popularidad, era Susana, que ignoraba el motivo.

La belleza de la joven daba visos de veracidad a la leyenda inventada por el agente.

Arnaldo estaba muy lejos de pensar que bajo el nombre pomposo de una cantante se ocultaba la mujer que constituía el sueño de su vida.

Por eso, cuando su amigo le invitó a entrar, no opuso reparo alguno.

Fué un choque violento, inesperado. ¡Susana cantando alrededor de las mesas como una pobre y vulgar mujer! ¡Qué desencanto! ¿Y era aquella encanallada en el vicio a la que él había elevado un santuario en su corazón? ¡Qué vergüenza!...

La envolvió con una mirada en la que el asco y el desprecio se mezclaban, y abandonó el local.

Ahora veía con claridad el misterio con que pro-



curaba rodearse Susana. Sí, una mujerzuela... ¡Bah! ¡qué asco!

Susana recibió como un latigazo en pleno rostro el vivo desprecio de Arnaldo. Aquello era superior a sus fuerzas. Todo antes que perder la estimación del ser amado. Por un momento sintió que las co-



La belleza de la joven daba visos de veracidad a la leyenda inventada por el agente.

sas desaparecían de su vista. Las piernas le flaquearon y corrió aturdida, enloquecida, a refugiarse en su "camerino". Lloró con sollozo profundo y entrecortado, la muerte de su amor. Desgarróse el vestido de artista y lo arrojó al suelo. Maldijo la hora en que la llevaron allí...

—¿Qué le ocurre, señorita? ¡El público la espera a usted, impaciente!—dijo el señor Lecat, no explicándose la agitación de la joven.

—¡Esto es una mentira infame!... ¿Cómo se ha atrevido usted?...—increpó la joven, indignada, al comprenderlo todo.

El señor Lecat estaba desolado.

—Márchese usted de aquí—comunicó terminante la joven.

Poco después hufa apresuradamente Susana del café, llevando en el alma la certidumbre de que había perdido para siempre su más cara esperanza.

Dos días después se personaba en el domicilio de Susana el intrépido Walton.

—Vengo a proponerle a usted la fortuna. *Fleur d'amour* puede ganar en América mil dólares por semana.

—¿Con el sobrenombre de *Fleur d'amour*, y como la favorita del rey Fernando?

—¡Claro es!—repuso Walton.

—¡Jamás!

—¡Eso es una locura, señorita!—exclamó persuasivo Walton—. Debe usted aceptar.

—Me parece que tiene razón el señor Walton—intervino el viejo.

—Vamos, diga usted que sí.

—Piensa en la pobre Jacqueline... Con mil dólares a la semana, podrás proporcionarle los mejores médicos de América—objetaba Gastón.

Susana estaba convencida de que Arnaldo había aceptado aquella farsa como un hecho cierto, sin meterse en más averiguaciones.

Un gemido de la enferma acabó de decidirla.

Lo probaría todo con tal de que sanase Jacqueline.

—Iré a América.

\* \* \*

Precedida por la fama que el astuto Walton le creó en Nueva York, *Fleur d'amour* no tardó en



ser la sensación del Broadway, actuando como "estrella" en una revista titulada "Su Jaula Dorada". ¡Bromas del destino! El nombre de la obra parecía una sangrienta alusión a la realidad de su vida.

La bien organizada propaganda de Walton surtía su efecto. Susana aparecía envuelta en misterio



*Susana aparecía envuelta en misterio de fasto y leyenda oriental.*

de fasto y leyenda oriental.

Ocupaba varias habitaciones de las más costosas en uno de los mejores hoteles de Nueva York.

Walton no perdía detalle. Alquiló varios negros y los distribuyó por todas las puertas de las ha-

bitaciones. Compró collares de perlas falsificadas con otras joyas de parecido valor y las colocó en una vitrina. Aquello representaba ante los sugestionados ojos de los demás, una fortuna inmensa.

Aleccionados los criados y todo previsto, esperó la visita de los "chicos de la Prensa".

Los "chicos" no se hicieron de esperar, avivada



*Walton no perdía detalle. Compró collares de perlas falsificadas...*

la curiosidad por la fama de la artista.

—Esta muchacha va a volver locos hasta los rascacielos... En Europa ha sido una verdadera revolución—les decía, encomiástico, Walton.

Y maliciosamente les mostraba aquel tesoro fai-



so, cuyo guardián, un negro vestido de un modo anacrónico, empuñaba un alfanje argelino, con una seriedad impenetrable.

—Fíjense ustedes y contemplen estas joyas... No hay Corte en Europa que contenga un tesoro de tanto valor.

Los "chicos" iban poco a poco dejándose seducir por aquel aparato escénico, diestramente preparado por el inquieto Walton.

Y cuando más embebidos se hallaban, Walton soltó el petardo final. Entró una puerta y a lo lejos, en medio de la amplia sala, recostada entre cojines al modo persa, contemplaron a Susana, que en aquel momento se hacía pintar las piernas.

—Observen ustedes... el dibujo hace juego con el sombrero que va a ponerse... Tiene sesenta sombreros...

A los representantes de la Prensa ya no les cupo la menor duda de que se hallaban en presencia de una mujer extraordinaria e hicieron gemir sus rotativos con el paso de sus adjetivos elogiosos.



Completamente ajena a la farsa de la que Susana era protagonista, Jacqueline recibía esmerada atención facultativa, en la hermosa casa de Long Island que su hermana había alquilado para ella.

La inteligente enfermera que la cuidaba observó que, durmiendo, en el jardín, Jacqueline había movido las piernas y se apresuró a comunicárselo al doctor, quien por su parte se lo hizo notar a Jacqueline.

—Ya ve usted como puede mover sus piernas... Algún día, sin darse cuenta, se levantará sola.

Y al despedirse, cerca de la verja, le dijo a la enfermera:

—En estos casos de histerismo no es prudente hacer profecías, pero a veces ocurre que un choque

nervioso cualquiera puede devolver la salud al paciente.

Jacqueline mejoraba por momentos, gracias a los solícitos cuidados que para ella tenían. Contribuía a ello la coquetona villa que habitaba, enclavada en medio de un jardín reidor, alegre, capaz por sí solo de apaciguar los nervios más exaltados. Y contribuía, además, la presencia de un guapo mozo que no paró de rondar por aquellos lugares hasta que logró hacerse amigo de la imposibilitada. El tal mozo no era otro que Lorenzo Pe'l, hermano de Arnaldo, pues mientras éste residía en París él dedicábase a hacer vida de campo. Las dos villas eran vecinas y no tardó en intensificarse la amistad de los dos jóvenes.

A Lorenzo le encantaba la apacible y grata belleza de Jacqueline y la irresistible atracción que tenía la joven en sus conversaciones. Acaso un rescoldo de piedad o el contraste de su exuberante salud le acercaban a la enferma. Los dos simpatizaban y había algo de tierno y delicado en su amistad.

A Jacqueline se le hacían los días cortos con su nuevo amigo y le esperaba sobre todo al atardecer en el parquecito del jardín, hora en la que Lorenzo se hacía anunciar por los brincos y las carreras retozonas de su perro.

Reclinada sobre un sillón, con las piernas tendidas a lo largo y envueltas en una soberbia manta, aguardaba impaciente la llegada del canino emisario.

Su corazón palpitaba levemente, y poco después su rostro se iluminaba con una dulce sonrisa. Desde la valla, Lorenzo la saludaba.

Una tarde, Jacqueline hojeaba una revista y vio que en sus columnas hablaban de *Fleur d'amour*. El cronista decía cosas de la artista de un sabor picante y un tanto escandalosas. Seguía la farsa. Tal vez en la crónica se veía la mano oculta del agente Walton.

—¡Qué mujer! ¡Es una vergüenza! ¡Las autoxi-



dades debían prohibir estas cosas... como el vino!  
—exclamó indignada, dirigiéndose a su amigo.

Lorenzo se limitó a sonreírle.

Ella prosiguió:

—Estas mujeres son una perturbación y tan peligrosas como la cocaína y el opio...

Jacqueline siguió largo rato profiriendo anatemas contra *Fleur d'amour*. Y no era por una exaltada virtud de catequizar. Lo que más la sublevaba era la insinceridad y las malas artes de que se valía para sus conquistas aquella mujer... que no existía más que en la imaginación del agente de publicidad.

Lorenzo, para halagar a su amiguita, le dijo:

—Tengo que ir a abrir la casa de Nueva York. Mi hermano Arnaldo regresará pronto de París... Si tengo ocasión de hablar con esa *Fleur d'amour*, le diré cuatro frescas.

Gastón Petitfils, que vivía en compañía de Jacqueline, al enterarse por la enfermera de las palabras que había dicho su sobrina acerca de Susana, se creyó en el caso de recordarle a la enfermera la orden que recibió:

—No olvide que de ningún modo debe dejarle ver nunca un retrato de *Fleur d'amour*.

...

Avivada la curiosidad por las palabras de Jacqueline, Lorenzo asistió a una de las funciones de *Fleur d'amour*.

Lo más selecto de la sociedad neyorquina se daba cita en el teatro. Mujeres bonitas ostentaban la magnificencia de sus vestidos. Había en el ambiente de la sala profundamente iluminado, como un constante cabrilleo de joyas.

Lorenzo ocupaba un palco con varios de sus amigos.

Descorrióse la cortina del proscenio, y poco después, *Fleur d'amour*, precedida de un coro de lin-

das muchachas fastuosamente vestidas, iniciaba una canción.

*Fleur d'amour* poseía un arte un poco aquietado. El timbre de su voz aterciopelada llegaba débil hasta el espectador y producía un efecto de susurro acariciador que dice las cosas en voz baja, casi al oído, no obstante percibir las claramente. Esta sensación de intimidad rendía al público que prorrumplía en frenéticos aplausos al caer el telón.



"Fleur d'Amour" poseía un arte un poco aquietado. El timbre de su voz...

Al terminar el acto, Lorenzo se dirigió a sus amigos y les dijo:

—¿No habéis dicho que *Fleur d'amour* no quiere recibir a nadie? Ya veréis como yo le hablo.

—¡Ca, hombre! ¡La puerta de su "camerino" está cerrada a piedra y lodo!—exclamó uno de ellos. Y otro:

—No te hagas ilusiones.



—¿Que no?—repuso Lorenzo.

Y agregó:

—Ahora veréis.

Y resuelto abandonó a sus amigos, dispuesto, fuese como fuese, a ser presentado a la artista.

En uno de los vestíbulos encontró a Walton.

—Hola, Walton, ¿qué es de tu vida?

—Aquí me tienes de representante de *Fleur d'amour*.

—Oye, ¿dónde la conociste?

—En París. ¡Oh! es una formidable artista.

—Preséntamela.

—Me pides un imposible. No recibe a nadie.

Lorenzo le pasó la mano por el hombro y trató de convencerle.

—Es que tengo mucho interés.

—No; no puedo—repuso evasivo el agente.

—Walton, sé buen chico conmigo y preséntame a *Fleur d'amour*.

—Lo intentaré; pero no te aseguro que salga victorioso—repuso Walton.

—Aguarda aquí—añadió, y fuése a ver a Susana.

La artista parecía como entristecida, más bien decepcionada de la enorme farsa que la rodeaba. Hablaba con la doncella cuando apareció Walton.

—Señorita, un joven distinguido desea ser presentado a usted.

—Ya le he dicho, Walton, que no quiero recibir a nadie—dijo con manifiesta contrariedad Susana.

—Es que este joven no es ningún don nadie... Es un millonario que apalea los dólares.

—Es igual, Walton—atajó la joven, con energía—. Bastante hice con acceder a esta farsa que los dos representamos.

—Sea usted razonable de una vez, señorita. Se trata de uno de los hijos de las más distinguidas y opulentas familias de Nueva York... la familia Pell.

—¿Qué? ¿La familia Pell?—interrogó de pronto Susana con marcado y vivo interés.

—Sí, Lorenzo Pell. ¿Lo conoce usted?

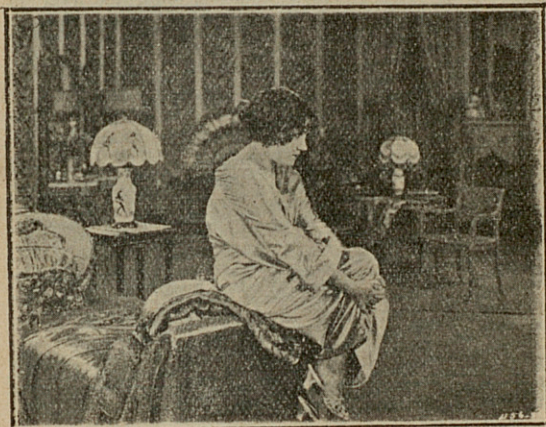
—No, no—se apresuró a contestar, ocultando su ansiedad.

Y añadió:

—Hágale pasar.

Susana pensó que aquel joven tendría algún parentesco con el pintor Arnaldo.

La impresión que recibió Lorenzo al poco rato de charla con Susana, deshizo todo el concepto que



La artista parecía como entristecida, más bien decepcionada de la enorme farsa que la rodeaba.

de ella habíase formado. Trascendía de ella una tan disinguida educación, que el joven no vaciló en invitarle a su casa.

—Hemos abierto hoy — le dijo al despedirse — nuestra casa de la ciudad y lo celebraremos con varios amigos. Acepte mi invitación y le aseguro que pasará un buen rato.



Susana aceptó con un vivo deseo de hallar en ella a Arnaldo.

Poco después, las puertas de la suntuosa mansión de los Pell se abrían para la artista.

Lorenzo, haciendo honor al prestigio de su nombre, había organizado una fiesta en la que el lujo se maridaba con el arte. Tuvo la gentileza de construir en el jardín una jaula en obsequio al éxito alcanzado por Susana en la revista "Su Jaula Dorada", en la que los criados, vestidos con la misma propiedad de la obra, servían a los invitados.

Pero a pesar de la esplendidez y la deferencia que tuvo con la artista, no la compensaba del engaño que le produjo no encontrar allí al comensal que ella tanto deseaba encontrar.

Susana, sentada a su lado, guardaba una actitud serena, tranquila, que contrastaba con el alborozo y aturdimiento de los demás invitados.

Lorenzo comenzaba a hablar por los codos, síntomas que revelaban el principio de la embriaguez.

—Me he guardado un poco de *cock-tail* para beberlo con usted—le decía, guiñándole maliciosamente los ojos y señalando una botella.

—Muchas gracias. No bebo—repuso ella.

—¡Pero qué tonto soy!... Ya comprendo; usted no bebe más que champaña. Los periódicos dicen que hasta se baña usted en él...

—Los periódicos dicen muchas tonterías, y hace usted muy mal en creer todo lo que dicen de mí.

Susana procuraba con habilidad disuadirle de que bebiese más.

—Me parece que todo eso que dicen de que usted es la favorita de un Rey, son puras tonterías... A mí me parece usted más una maestra de párvulos que una artista.

Susana asomó a sus labios una leve sonrisa y respondió:

—Prométame no beber más esta noche.

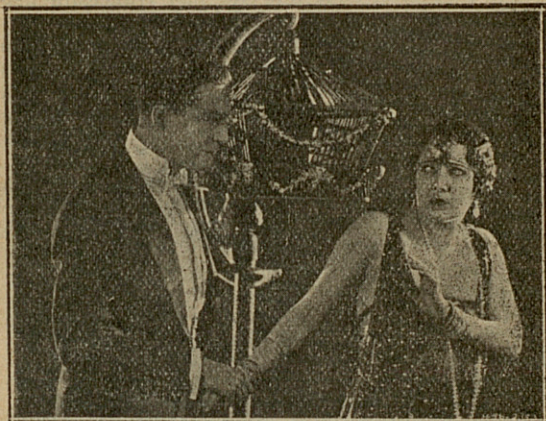
—Bueno. Se lo prometo. De todos modos, aunque

quisiera, no podría beber más—observó con cierto abandono Lorenzo.

La fiesta entraba en su apogeo, en ese instante de franco desorden en que los gritos y las bromas regocijadas se mezclan y confunden.

Fué con esa oportunidad cuando Arnaldo llegaba a su casa, decidido a olvidar el amargo recuerdo que traía consigo de su estancia en París.

—Lo siento mucho, señor—le dijo un antiguo



—Prométame no beber más esta noche.

criado al verlo—. No le esperábamos a usted hasta mañana.

—Bien, Pedro. Me adelanté.

Y oyendo las voces que confusas llegaban, hasta el recibimiento, interrogó:

—¿Qué voces son esas?

—Su hermano, que tiene unos invitados.

Arnaldo, en vez de subir a sus habitaciones, se dirigió al instante al lugar de la fiesta. ¡Qué le



jos estaba de suponer que había de encontrarse allí con la mujer de la que casi hufa, para olvidarla!

Al principio no se dió cuenta. Sólo vió que su hermano hablaba con una mujer bellísima.

—¡Lorenzo!—exclamó, tendiéndole los brazos.

—¡Calla! ¡Mi hermano!... ¡Arnaldo!—. ¿Cuándo has venido?

—Ahora mismo. Por lo que veo, te diviertes.

—¿Qué tal te ha ido por París?

—A propósito, aquí tenemos una francesita maravillosa que creo que por allá hizo furor.

Lorenzo se adelantó a presentar a Susana. Pero ya Arnaldo había reparado en ella y la miraba con fijeza penetrante. Convencido de que Susana era una mujer escuetamente aventurera, trataba de atribuir su presencia en su casa a manejos deshonestos.

—No hace falta que me la presentes. Ya sé quiénes—dijo con intención despectiva.

Susana, herida en lo más profundo de su orgullo, esforzabase en mantenerse digna.

—Todo el mundo la conoce—respondió con alegre aturdimiento Lorenzo.

—¡Sí, todo el mundo!... Por eso me sorprende que hayas invitado a esta mujer, y la traigas a casa de nuestra madre—replicó cortante el hermano mayor.

—Estás muy equivocado, Arnaldo... Ni siquiera prueba el vino.

—Entonces tendrás que darle las gracias, porque así has podido beber tú más.

Y dirigiéndose a Susana, que empalidecía por momentos, profirió:

—Por lo visto, tiene usted la costumbre de embriagar a sus amigos, ¿no? Es un sistema como otro cualquiera.

Lorenzo, cuya embriaguez no llegaba hasta el extremo de perder las más elementales nociones de caballería, reaccionó ante los ultrajes de su hermano.

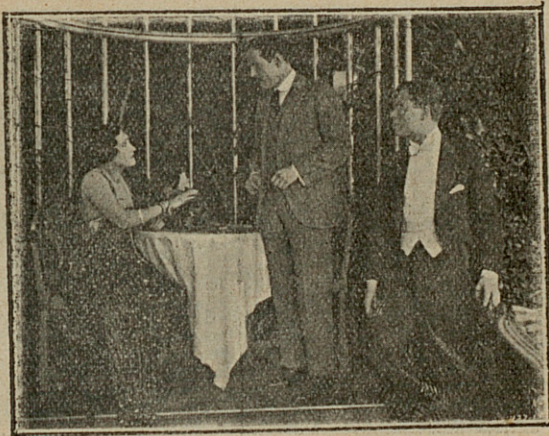
—No puedo consentir que la insultes de ese modo.

—En tu estado eres capaz de consentir cualquier cosa... ¡Hasta la presencia de esta mujer en nuestra casa!

Hubo una pausa. Se miraron los dos hermanos de un modo intenso. Después, Lorenzo, dirigiéndose a Susana con fría calma, le dijo cortés:

—Señorita, ¿quiere usted hacerme el honor de concederme su mano?

—¿Qué dices?—atajó Arnaldo, considerando una



—Por lo visto, tiene usted la costumbre de embriagar a sus amigos, ¿no?

locura aquella petición.

Pero Lorenzo ya no le escuchaba, alejándose con Susana hacia el grupo de invitados.

Esta escena no pasó inadvertida para el entrometido Wal'on, que se apresuró a comunicarlo en seguida a la selecta reunión.

—¡Un momento, señores! Esto es hacer las co-



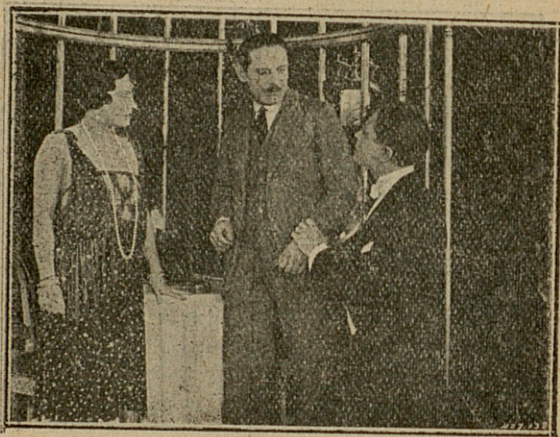
sas de prisa. ¡Lorenzo se va a casar con *Fleur d'amour*!

—¡Bravo! ¡Estupendo! ¡Mi enhorabuena!—clamaron atropelladamente los invitados.



*La favorita del rey Fernando conquista la mano del millonario Lorenzo Pell.*

No se detuvo Carlos Walton. En los titulares



—En tu estado eres capaz de consentir cualquier cosa.

de los periódicos aparecía en estos términos y en grandes caracteres la sensacional noticia. Ya no se podía pedir más como reclamo. Walton sentíase satisfecho. "*Fleur d'amour*" no podía quejarse.

Quedó desolado cuando a la mañana siguiente al enseñarle los periódicos a Susana, los rompió en pedazos y lo despidió de su casa.

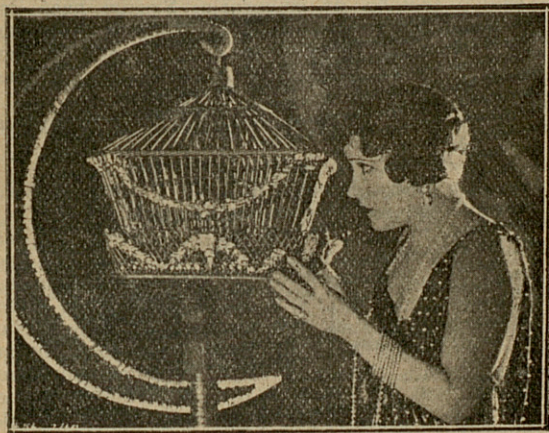
—¡Váyase! ¡Váyase!... ¡No quiero verle más!

Y empujándole, le cerró las puertas.

¡Qué broma le había gastado el destino a Susana! No; aquello debía terminar. Se encontraba presa en su jaula dorada. ¿De qué le servían la riqueza, la gloria, si con ellas no conseguía más que atraerse el baldón y el desprecio de Arnaldo?

—Señorita—dijo la doncella—, el señor Arnaldo Pell desea verla.

—Dile que pase... No, no; yo misma iré—rectificó con visible ansiedad.



Se encontraba presa en su jaula dorada. ¿De qué le servían la riqueza, la gloria, si con ellas...?

Por fin venía la reparación. ¿Se habría dado cuenta de que ella, a pesar de todo, seguía siendo Susana, la humilde modelo?

—Arnaldo...—dijo con voz apagada.

Arnaldo la miró con dureza y, sin preámbulos, le dijo:

—Mi visita no es de cortesía. He venido a buscar un arreglo satisfactorio al desgraciado y absurdo



Incidente de anoche.

—Quisiera aclararte...—dijo con voz desfallecida Susana.

Arnaldo la interrumpió:

—Creo que usted estará conforme en relevar a mi hermano de la promesa que le hizo anoche.

—Claro está—dijo ella.

El pintor sacó la libreta de cheques.

—¿Cuánto pide?

Hasta entonces no se había dado cuenta de que Arnaldo trataba de comprarla. Susana pasó del asombro a la indignación más profunda. Erguida, digna, ante la ceguedad de Arnaldo, rebelóse con energía y se encerró de un violento portazo en sus habitaciones.

—Señorita, ¿por qué llora usted?—preguntó la doncella.

—No es nada. Prepara mis maletas.

Susana huiría de aquel infierno. Tenía verdadera necesidad de ver a los seres queridos.

Lo mismo hacía Lorenzo Pell. Cansado de las murmuraciones y de la escandalosa publicidad que habían dado al asunto los periódicos, se alejaba de la ciudad y se dirigía al único sitio donde creía hallar simpatía y alguien que le comprendiese. Nadie como Jacqueline, su amiguita bondadosa, podría comprender por qué secretos impulsos de hidalguía Lorenzo Pell iba a casarse con una mujer a la que nunca quiso y a la que delante de él tan brutalmente insultó un hermano suyo.

—Vengo a confesarle con usted, amiga mía—le dijo poco después de reunirse con la gentil inválida.

—¿Y eso, Lorenzo? ¿Qué le ocurre a usted?—le dijo ella sonriente.

—Estoy a punto de casarme—contestó Lorenzo preocupado.

Jacqueline sintió como un alfilerazo en su corazón.

—Que sea usted muy feliz—repuso con entonación apagada.

Callaron. De pronto, como si réanudara el hilo de sus preocupaciones, Lorenzo dijo:

—Se equivocó usted completamente en su juicio acerca de *Fleur d'amour*... Fue presentado a ella y la encontré encantadora y muy distinta de lo que todos creíamos.

—Supongo que no será con ella con quien va usted a casarse.

—Sí—dijo suspirando el joven.

De nuevo callaron. Lorenzo le cogió las manos. Jacqueline se esforzaba en sonreírle. Ella aceptaba resignada. Fué una ilusión de enferma. ¿Cómo pudo soñar en el amor, ella, una pobre imposibilitada?

Mientras tanto, Arnaldo había tomado el otro tren enterado de que Lorenzo se había marchado a la casa de campo; y, temeroso de que llevase a cabo una boda precipitada, se puso en camino para impedirlo.

Lo mismo hacía Susana.

Poco después ésta se encontraba en el parque donde Jacqueline hablaba tristemente con Lorenzo.

Arnaldo veía perfectamente desde su casa a Jacqueline y Lorenzo. De pronto vió con cierto asombro como Susana atravesaba la valla y se acercaba a su hermano.

Rápido dedujo que la joven iba en busca de Lorenzo y corrió a impedirlo.

—¿Cómo se ha atrevido usted a seguir a mi hermano hasta aquí, señorita *Fleur d'amour*?

Susana no respondió y trató de acercarse a Jacqueline que la miraba angustiada.

Arnaldo le cerró el paso. Y como viese que ella hacía ademán de apartarlo, la cogió de un brazo.

Lorenzo tampoco se explicaba la presencia de Susana allí, y permaneció perplejo.

Pero Jacqueline, al oír que a su hermana la llamaban *Fleur d'amour*, protestó dolorida, indignada:

—¡No! ¡*Fleur d'amour*, no!

Y como su hermana pugnase por desasirse de los brazos de Arnaldo, que la sujetaba, Jacqueline, en un impulso violento, sobrehumano, echó a andar



llamando a su hermana:

—¡Susana! ¡Susana!

—¡Oh! ¡Jacqueline, hermana mía! ¡Al fin puedes andar!—exclamó transportada de ternura.

Lloraban de gozo y de pena las dos hermanas, abrazadas. Era una sensación indefinida, que condensaba todas las pasadas tristezas, trocadas en una inesperada alegría que dañaba al corazón.

—¿Por qué te llaman a ti *Fleur d'amour*... esa antipática mujer con quien Lorenzo va a casarse?—le preguntaba sollozante Jacqueline.

—*Fleur d'amour* no existe. Era una ficción, un mito; y hasta eso ha desaparecido para siempre.

—Gracias a Dios, Susana; ahora podrás volver a ser la misma de siempre... Ya no tienes necesidad de continuar fingiendo hasta aquí—intervino tío Gastón, que se acercó al grupo.

Los dos hermanos habían quedado estupefactos ante aquella tierna escena que acababa de desarrollarse en su presencia y que aclaraba la doble personalidad de Susana.

—Tío Gastón, ¿quiere usted hacer el favor de acompañar a Jacqueline a casa?... Deseo decirle una cosa a nuestro amigo Lorenzo Pell.

Gastón obedeció, y dándole el brazo a Jacqueline, desaparecieron, mientras le seguía la dulce mirada de Susana.

Luego éste, dirigiéndose al joven, dijo:

—Es usted un caballero... Gracias, muchas gracias. *Fleur d'amour* ha muerto, y usted vuelve a ser libre.

Arnaldo sentíase arrepentido y avergonzado de su proceder, y obedeciendo a impulsos de su arrepentimiento, intentó arrodillarse, pidiéndole perdón.

Susana le contuvo tendiéndole la mano, que Arnaldo besó emocionado. Y en sus miradas renació la confianza pasada, y como un reflejo prometedor de una felicidad futura.

Sus dos bodas se celebrarían el mismo día...

FIN



PRÓXIMO NÚMERO:

La finísima novela:

## EL DESPERTAR DE LA CIUDAD

Protagonistas:

JACK PICKFORD y NORMA SHEARER

Exclusiva de UNITED ARTISTS

Interesante asunto

Postal-obsequio: J. W. KERRIGAN

10 fotografías — 32 páginas — 30 céntimos

¿Es usted coleccionista de

LA NOVELA ÍNTIMA  
CINEMATOGRAFICA?

Publicación de buen gusto, con biografías de los  
artistas de la pantalla favoritos del público

Ultimo número, que apareció ayer:

BIOGRAFÍA DE BETTY BRONSON

32 páginas - Profusión de fotografías - Portada

a tres colores - Precio 35 céntimos.

Postal regalo

SU REVISTA CINEMATOGRAFICA  
POPULAR MENSUAL PREFERIDA

## PUBLIC CINEMA